anhelo único es morir, amigas mías!

¡Todo era él para mí —qué bien lo he sabido— y es el más nefando de los hombres el que es mi esposo!

De cuantos seres tienen alma y pensamiento somos las mujeres los más desdichados. Primero hay que gastar grandes caudales por lograr un marido. Ya lo tenemos. Hay que hacer de él un déspota de nuestro cuerpo. De los males quizá el mal más duro. Y el punto más difícil: ¿será bueno o malo? No se concede a las mujeres repudiar al esposo, ni desatar el vínculo nupcial. Y vengamos a las novedades de ahora. Es preciso ser adivino para saber, sin que nadie nos lo haya enseñado, cómo ha de tratarse al que comparte nuestro lecho. Bien puede ajustarse a nuestra manera de ser: es la dicha de las dichas. Llevará el yugo conyugal de buen grado. Pero, si no... ¡mejor la muerte!

Cuando un var6n se hastía de la vida hogareña, se sale fuera a disipar su enfado. Va con algún amigo, va con sus camaradas. Y, ¿nosotras qué? ¡Un solo ser hay en quien tenemos que poner los ojos!

Sí, lo sé. Dicen que nosotras pasamos la vida seguras en el hogar, sin pena, sin peligro... y ellos, van a la guerra, combaten con la muerte a la vista. ¡Mal piensan! ¡Tres veces en el frente de batalla, y no parir un hijo!

Basta. Ni a tí ni a mí cuadra esta manera de hablar. Esta tu ciudad es, aquí tu hogar paterno está guardado. Vida sin turbación, amigos a tu agrado. Pero yo... ¡Yo solitaria, sin patria, expuesta a los excesos de un marido que me robó cual presa de guerra en una tierra extraña...! ¡Yo, sin madre, sin hermanos, sin padre a quien ir a tomar amparo, cual barca en el ancla... lejos, muy lejos de él de mis desgracias!

¿Qué quiero ahora? Lo que quiero es: que yo halle un camino para vengarme del agravio que ese esposo me ha hecho, y vengarme también de aquel que dio a la hija en desposorio y de ella misma. Y en cuanto a tí, que calles como muerta.

A temores propensa es la mujer siempre. No quiere luchas, se espanta del acero... pero, ¡que no le toquen el lecho conyugal; no hay ntonces un alma más sedienta de sangre!

Corif.—¡Eso haré! Con toda justicia castigarás al esposo, oh Medea. No me asombra que llores tu desgracia. Pero... mira... viene allí Creón, el señor de esta tierra. Nuevas disposiciones viene a anunciarte.

Llega Creón con sus séquitos, y con su cetro en la mano.

Creón.—A tí, mujer tétrica, a tí esposa enloquecida, a tí hablo. Medea: Sal de esta tierra, vete lejos, llévate a tus hijos. Y cuanto más pronto, mejor. Estoy aquí para intimarte esta orden, pero no entraré a la casa real antes que tú hayas cumplido mi mandato. Tengo que verte salir de los dominios de este reino.

Med.—¡Ah, muerta soy. Se cumple mi destino. Se han quitado la venda los que me aborrecen...! ¿Qué refugio me queda? Pero, oh Creón, dime: ¿Qué delito cometo, para que así me expulses?

Creón.—No usaré reticencias. Te expulso porque temo que dañes a la hija con un mal sin remedio. Tengo muchos fundamentos para creerlo así. Hábil y diestra eres en hacer maleficios, y estás despechada por haber sido despojada de tu lecho nupcial. Rumores tengo de que tú te propones vengarte de mí, que dí a mi hija a tu esposo, y de él mismo, y de su esposa. ¡No, no quiero ser quien sufra tal cosa: me prevengo antes echándote de esta tierra! Es mejor, oh mujer, que ahora me procure tu odio que no más tarde lamente con inútiles lágrimas mi debilidad en tolerarte.

Med.—¡Ah, ah... Creón, no es ahora la vez primera! —¡Mil veces son!— en que mi fama me aporta males! ¡Cuán conveniente es que el varón que nació sensato haga que no resulten sus hijos demasiado sabios! Saber mucho les consigue fama de haraganes y se concilian el odio entre sus conciudadanos. Si das a los tortuosos ciencias nuevas, resultas un inútil y no un sabio. Y si hay quien te considere superior en saber a los que pasan por sabihondos, te verán en la ciudad como un ser ofensivo. ¡Esa mi suerte fue! Lista soy y sé algo. Entonces, para unos odiosa soy: inactiva, sin fruto; para otros, perojudicial y mala. ¡Y no sé lo que debía saber!

Pero tú recelas de mí, oh Creón, temes que haga algún perjuicio... ¡No, no soy de esa índole, —no tiembles ante mí, oh Creón— para que pienses que puedo dañar a los príncipes! ¿En qué me has hecho injuria? Diste a tu hija a quien te dictó tu voluntad. A mi marido lo odio. Pero pienso que tú has obrado discreto. Y ahora no guardo rencor por su dicha. ¡Cásense, sean felices, pero deja que yo habite en esta tierra. Callaré ante la injusticia que me han hecho, nos ha vencido uno más poderoso, que yo!

Creón.—¡Qué dulzura de hablar para quien te oye! Mas no me fío. Yo temo que en el fondo de tu alma trames algo terrible. Una mujer que rápida se exacerba —lo mismo diré de un varón— es más fácil de esquivar que aquella taimada que guarda silencio. ¡No se hable más, por tanto! ¡Vete en seguida! Es inquebrantable mi mandato. Cualquier ardid que maquines no conseguirá que tú te quedes entre nosotros. Tú eres mi enemiga.

Med.—(Se echa a los pies del rey y abraza sus rodillas): ¡No, por tus rodillas, por la recién casada!

Creón.—Palabras pierdes: a mí no me convences.

Med.—¿Aunque te ruegue vas a desterrarme?

Creón.—¡No te amo más a tí que a mi casa!

Med.—¡Ah, patria mía... cómo tu memoria hoy me asedia!

Creón.—También es lo que más amo, exceptuados mis hijos.

Med.—¡Ay, ay... qué grave mal a los mortales nace de los amores!

Creón.—¡Quizá... Eso depende de los vuelcos de la suerte!

Med.—¡Oh Zeus, no evada tu poder el autor de mis infortunios!

Creón.—¡Arrástrate, insensata, y libérame ya de penas!

Med.—Penas son mías; de penas no estoy falta.

Creón.—¿No de grado? Por fuerza las manos de mis siervos han de hacer que acates.

Med.—No, Creón, no... te lo ruego... no así!

Creón.—Es lo que buscas tú... bien se ve... es necesario, oh mujer.

Med.—Vamos a huir... no es eso lo que pido, lo que ansío conseguir.

Creón.—¿A qué resistes? ¿Por qué no te ausentas?

Med.—Deja que aquí yo pase un día al menos... he de preparar el destierro... tengo que procurar nutrimiento a mis hijos... ¡su padre no se cura de ellos! ¡Ten lástima de ellos! Padre eres tú también... tienes que ser compasivo!

Por lo que a mí toca, nada me importa el destierro... lloro por ellos, deploro su infortunio.

Creón.—¡No tiránicamente obrar suelo, aun cuando tener respeto a alguno me ha producido males! Veo, mujer, que estoy errando, pero serás oída. Ah, empero, te hago saber: si el sol del día de mañana luce sobre tí y sobre tus hijos en esta tierra, y no ya alejada de nuestros confines, morirás. Dicho está el fallo: ya no quedará incumplido. Quédate un día, ¿qué puedes en un día? Nada harás de tus maleficios en contra de nadie.

Se va Creón.

Corif.—¡Mísera mujer! Ay, ay, infortunada, qué cumulo de males sobre tí... ¿a do los pasos tornas? ¿A qué huésped te diriges? ¿Hallarás algún día una casa, una tierra, que te rediman de desdichas? ¡En qué vórtice inevitable de desgracias te han arrojado los dioses!

Med.—¡Malaventura por doquier me cerca! ¿Quién podría negarlo? Pero no será así del todo, no tan fácil lo creas. ¡Aún luchas se reservan a los novios, no leves penas también a los suegros! ¿Puedes pensar que yo hubiera halagado a ese hombre alguna vez, si no tuviera en ello un artificio para lograr provecho? ¡Jamás le hubiera hablado, jamás lo hubiera yo tocado con mis manos! ¡Tonto, insensato se ha mostrado: pudo frustrar mis planes arrojándome al punto del país, y me ha permitido permanecer aquí un día aún! Ese día me basta: en un solo espacio de la luz veré muertos a tres enemigos: al padre, a la hija, a mi marido.

¡Cuántos recursos tengo para hacerlo, pero estoy indecisa, oh amigas mías! ¿Incendiar la cámara nupcial? ¿Clavar una acerada daga en sus espaldas, entrando recatada, y sagaz mientras ellos están agobiados por el sueño? Algo hay que me retrae, si soy aprendida cuando voy entrando y llevo mi ardid en acción, seré objeto de mofa con mi muerte de esos mis adversarios. Mucho mejor es ir en línea recta: darles veneno para que perezcan: en eso diestra soy.

¡Sea así...! y, ¿luego? Muertos quedaron... y, yo, ¿a dónde me dirijo? ¿A qué ciudad? ¿A qué huésped que me dé un jirón de su tierra para morar allí? ¿Quién podrá defenderme? ¿Quién será mi amparo? ¡Ninguno hay!

Y un brevísimo tiempo que queda: si hallo algún refugio, engañosa, en silencio me arrojaré al asesinato, pero si la suerte me es contraria, aun cuando haya yo de morir, mataré a los dos con esta espada y con toda osadía haré lo más fuerte.

¡Y por Hecate, numen a quien venero antes que todos, ella que es mi patrona y habita en las intimidades de mi cámara, nadie habrá que se goce dando a mi corazón tormentos! ¡Qué amargas nupcias, qué lúgubres festejos de boda, qué amargo enlace conyugal, y qué amarga huida mía de esta tierra estoy preparando!

¡Ea pues, Medea, no dejes a un lado ninguno de tus hábiles medios, al poner en obra tus planes y al desplegar todas tus artes! ¡Ahora al tremendo hecho: es el momento del valor! ¡Ves lo que estás sufriendo: no puedes seguir siendo el objeto de la risa en las bodas de un Jasón y los descendientes de Sísifo... ¡Tú, tú que eres de noble progenie y desciendes del mismo Helios! ¡Tú que tienes la ciencia de los artificios! ¡Ah, si para el bien nacimos incapaces las mujeres, de todos los males somos las más diestras artífices!

Se retira al fondo, mientras canta el

Coro. Est. 1.—Los sacros ríos retornan a sus fuentes: la justicia y todo hacia el caos se revierte. Para ols hombres hay ya sólo engaños y la fidelidad a los dioses ya no se mantiene firme.

Voces públicas harán que vuelva a ser glorioso mi renombre. Viene ya el honor para la raza femenina: ya no tendrá la fama mujeril tacha de infausta.

Ant. 1.—La musa de los antiguos poetas ya no proseguirá pregonando mi perfidia. Febo el que empuja las dulces melodías, no concedió a mi alma el canto al son de liras. Si yo pudiera, un canto contra la felonía de los varones hubiera de entonar. Corriendo el largo tiempo ha acumulado innumerables hechos en contra de ellos, como en contra nuestra.

Est. 2.—Tú, desde el hogar paterno con el corazón enloquecido te lanzaste al vuelo, cruzando el doble escollo de las marinas rocas: de entonces moras en extraña tierra. Y hoy sin varón quedaste, el tálamo perdiste, oh desdichada, y al fin de esta tierra vergonzosamente eres expulsada.

Ant. 2.—¡Se perdió el valor del juramento: ya no hay honor que respetarlo pueda en esta Hélade inmensa... ¡al viento se voló! ¡Y para tí, infeliz, no existe hogar paterno en donde puedas ir cual quien se acoge al puertoQ Más potente que tú, otra reina ha adquirido la soberanía de esta mansión.

Llega Jasón.

Jasón.—No es esta la vez primera en que quedo convencido de que la cólera no refrenada es un gran mal. ¡Mil veces lo he visto! Para tí hubiera sido tan provechoso quedarte en esta tierra, con sólo que te plegaras a los dictámenes de los más poderosos. Pero, no: ¡tus necios alegatos te fuerzan a salir de ella! Eso a mí nada importa: no ceses de proclamar que Jasón es el hombre más malvado. Pero has hablado contra los que imperan y ganas mucho con que solamente te fuercen a salir de este país. Yo siempre estuve tentado de apaciguar la cólera de los reyes airados y que tú te resolvieras a quedarte.2 Pero tú no refrenaste tu locura, siempre profiriendo malos dichos contra los que mandan. En consecuencia, serás expulsada. Y a pesar de esto, yo no olvido a los que me aman, por eso he venido aquí, mujer, para atender a que no salgas sin recursos para tí y tus hijos y de nada estés falta. ¡Cuántos males acarrea consigo el destierro! Y aunque tú me aborrezcas, yo jamás podré tener alma mal dispuesta contra tí.

Medea se ha ido acercando y clava rencorosa la mirada en él.

Med.—¡Cumbre de los malvados! —¡Ah, impotente soy para ofenderte en otra forma que con mi débil palabra!—. Vienes a mí, vienes a mí hecho odioso en extremo. Y no a mí sólo, a los dioses, a los hombres todos! ¡No es valor, no es cnfianza verles el rostro a los que se ama, cuando se les ha tratado con villanía. Es la peor de las humanas bajezas, la más enorme: desfachatez pura!

Pero, no... ¡hiciste bien en venir: yo desahogaré mi alma, colmándote de oprobios y me has de oír atormentado! Y voy a enumerarlo todo, comenzando por lo primero.

Testigos son los griegos que contigo iban embarcados en la nave Argo: yo te salvé. Ibas enviado a someter al yugo a aquellos toros que respiraban fuego y, a sembrar en el campo aportador de muerte. Y de aquel dragón... ¿no fuí yo también quien de él te salvó? El sin rendirse jamás al sueño, con las volutas horripilantes de su cuerpo cercaba el vellocino de oro. Yo lo maté y alcé para tí la luz de la victoria. Yo misma, yo infeliz... por seguirte traicioné a mi padre, traicioné a mi hogar y fuí contigo a Yolcos de Pelión, más con alma encendida que con mente discreta, y maté a Pelias, con la más abominable de las muertes, a manos mismas de sus hijas y así te liberé de todo miedo.

¡Y arrojas sobre mí estos infortunios a cambio de todo ello, oh malvado entre los malvados, y me has traicionado buscando un nuevo tálamo... ¡hijos tienes, que si fueras sin hijos, conviniera yo en que los anhelaras en una nueva boda! ¡Fiel a los juramentos... ¡murió esa fe! Y ni siquiera sé si aún crees en que los dioses rigen el mundo que rigieron siempre, o hay nuevas leyes, nuevas normas, nuevos númenes! Lo que sí sé es que tú me fuiste infiel y obraste hacia mí con felonía.

¡Ay, mano diestra mía que tantas veces oprimiste, ay rodillas que tantas veces como testigos dabas...! ¡Toda esperanza quedó desvanecida ante la obra de un pérfido!

Silencio largo. Prosigue.

Vamos, ahora como a un amigo quiero preguntarte. Bien sé que nada puedo esperar de tí. Te hablaré sin embargo, te haré preguntas, y al hacerlas quedará patente la vergonzosa conducta tuya.

¿A dónde voy ahora? ¿A la casa paterna, al suelo nativo? ¡Si los traicioné yo para seguirte! ¿Iré a la casa de las infelices hijas de Pelias? ¡Bellamente habrán de acogerme en su palacio, tras haber matado, por mí, a su padre!

Esa es la cosa. A los que me amaban en el hogar me hice enemiga, y estoy en guerra con aquellos a quienes perjudiqué sin causa, solamente por tí. ¡Es ahora mi suerte envidiable para muchas de Grecia: tú les pones la muestra: tengo en tí un admirable marido, muy fiel...! ¡A, infeliz de mí! Y he de abandonar esta tierra, sin embargo, solitaria, y única yo para mis solitarios hijos... ¡Qué gala de alabanza para un novio que va a la boda... que la madre de sus hijos, que sus hijos mismos vayan errantes mendigando... y a ella debes la vida!

¡Ah, Zeus, Zeus... pudiste tú dar a los hombres capacidad para ristinguir el oro verdadero del falso y no lleva cada uno una marca sobre su cuerpo para distinguir los malvados de los rectos!

Corif.—Cuando el que ama contra el amado se enoja, ira espantosa es e incurable.

Jas.—Debo, según yo pienso, no hablar necedades. Voy a plegar mis velas oh mujer, para hacer que mi nave, bajo el gobernalle de mi mano, escape de la desenfrenada parlería que tortura tu lengua.

Te estás jactando de tus servicios. Yo te diré que a Cipris debo ser salvo en mi viaje. Ella y ella sola, sin otro dios ni hombre, pudo sacarme incólume. Tienes mente aguda y no hay necesidad de hacer larga plática para yo narre en qué forma te hirió Eros con sus ineludibles dardos para que a impulso del amor me libertaras. Pero no insistiré en ese punto. Sea lo que fuere, sea como fuere, me ayudaste. No me pesa de ello. Pero tú, como paga de tu obra salvadora, has recibido más de lo que diste. Voy a explicarlo. Primero, estás en la Hélade, en lugar de una tierra de salvajes. Has llegado a saber qué significa la justicia y qué es vivir bajo leyes y no al capricho de la fuerza. Cuanto griego ha conocido tus habilidades te alaba y has logrado fama. ¿Quién iba a hablar de tí siquiera, si aún moraras en aquellos extremos de la tierra? No, para mí no quiero, ni oro en la casa, ni una bella melodía para el canto, superior a la de Orfeo, si nadie hay que conozca y alabe. Eso tengo que decir yo de mis acciones. Tú me llamaste a esta discusión.

Ahora vamos a la boda que estás burlando ha tiempo y de la que te lamentas. Mi boda con la hija del rey. Pues voy a probarte que esa unión la hago por cuerdo, por discreto y al fin por ser amante de tí y de tus hiojs. ¡No, no te excites, calma!

Llegué hasta acá de Yolcos, agobiado de funestas desgracias... ¿qué mejor fortuna fuera para mí casarme con la hija del rey, siendo como era un mísero vagabundo? No es —como tú reprochas— por hastío de tu lecho conyugal, ni por el ardor de codicia hacia una nueva esposa, ni por tener una prole numerosa —con los tuyos me basta y no estoy descontento—, nada de eso es. Lo que yo intentaba, y esto es lo fundamental, era tener una vida sin penas, con todo lo suficiente en abundancia, sin miseria, sin necesidad. Bien conozco que del pobre huyen todos, aun los amigos. Y también, para dar a mis hijos una formación digna de su prosapia y darles nuevos hermanos a los que de tí nacieron. Todos serían iguales, todos en la misma condición y así, apoyada en esta progenie, fundar mi dicha.

¿Tú para qué quieres hijos? A mí me importa que los que viven sean útiles a los que han de venir a la vida. ¿Fueron malos mis planes? Tú los aprobaras, si no ardiera la privación de mi lecho conyugal. ¡Ah, mujeres, pensáis que todo anda en regla cuando la cama nupcial está sin peligro! ¡Ay, si algún contratiempo, si una mala fortuna toca esa cama, todo resulta malo: lo más bello, lo más útil y provechoso, os es adverso...! Preciso fuera que los mortales procrearan hijos de otro modo, sin que hubiera raza de mujeres, y entonces los hombres no verían mal alguno.

Corif.—Bien hablaste, Jasón, pero pienso yo —y lo digo sin faltarte al respeto— que obraste injustamente al ser infiel a tu esposa.

Med.—**(en monólogo):** En mucho de muchos de los mortales soy discorde. Para mí el que es sabio en hablar, pero es injusto, se hace deudor de más crecida pena. Fiado de su destreza en paliar sus errores, obra malvadamente y osado en sí, delinque... ¡Pero, no, no es tan sabio!

Se vuelve a Jasón:

—¡Tú, a tí hablo: No me vengas ahora a hacerle el fantasioso y elocuente, prodigando palabras sin tino. Te vence sólo una palabra mía. Debieras tú, si no fueras malvado, hacer esas bodas con mi aprobación, y no sin que hablaran los que te aman.

Jas.—¡Claro, lo hubieras aprobado, tú, que ahora, al saber mi enlace, no acabas de reprimir tu cólera!

Med.—No te dominaba ese pensamiento. No, era que temías haberte enlazado a una extranjera y llegar a viejo sin una boda gloriosa.

Jas.—Sábelo ya por fin: no por mujer apetecí la boda con hija de rey. Lo dije y lo repito: fue solamente para salvarte a tí y salvar a mis hijos y para que, siendo hermanos de reyes, tuvieran protección debida.

Med.—¡Nunca sea para mí una vida dichosa dolorida, ni un caudal que el alma me desgarre!

Jas.—¿Por qué no mudas de parecer? ¿Por qué no te muestras más discreta? ¡Nunca la abundancia de bienes fue para nadie funesta, y en la dicha no hay que pensar en el infortunio!

Med.—¡Ensoberbécete! Tienes do guarecerte. Yo, yo, en cambio... ¡solitaria he de huir de esta tierra!

Jas.—Tú lo buscaste. A nadie más acuses.

Med.—¿Qué hacer? ¿Voy a casarme ahora, a traicionarte voy?

Jas.—¡Decir dicterios contra los que gobiernan!

Med.—También para tí son; también tu casa alcanzan.

Jas.—Ten por sabido. Yo más no discuto... Pero, si piensas que para tí y para los niños te dé alguna asistencia en su destierro, dilo al momento. Daré con amplia mano lo que se requiera, he de enviar a los huéspedes eventuales la marca de su pacto para que te reciban. Si te niegas, loca te muestras. Oh mujer, doma tu ira y todo será en bien.

Med.—Ni tus huéspedes quiero, ni de ellos he de servirme. Tus donaciones conserva. Nada me des. De hombre malvado ningún don es útil.

Jas.—Pues yo a los dioses por testigos pongo. Bien quería para tí, bien para esos niños. No quieres bienes, renuente los rechazas... ¡te han de alcanlar los males!

Med.—¡Vete ya...! te avasalla el anhelo de la nueva esposa... no dures ya tan lejos de su mansión. Goza de tus bodas. Tal vez, tal vez —si los dioses lo quieren— va a ser tu boda tal que habrás de repulsarla!

Se va Jasón.

Coro. Est. 1.—Cuando Eros domina las mentes humanas y llega al exceso, ya ni buena ni mala fama los inquieta. Y si Cipris se acerca cautelosa a nosotras, no hay dios igual en sus placenteros dones.

¡Señora, nunca pueda ir en mi contra tu arco de oro y lanzar su saeta que, clavada en el alma, enardece el sediento deseo del amor!

Ant. 1.—Ame yo la discreta continencia —el don más bello de los dioses— y nunca en sus ardores Cipris me abrase por extranjero lecho, ni por disputas interminables que amargan el alma. Haga ella que los tálamos en paz regulen sus consorcios gratos y tenga con mirada de hondo alcance la recta medida del convivir de las esposas.

Est. 2. Med.—¡Ah, patria, ah casa mía... que nunca fuera yo una desterrada que ha de pasar la vida en vagabunda marcha, pobre y hambrienta, sin hallar más que amargos dolores! ¡Venga, venga la muerte, y nunca ese día brille: ponga a mis días término! Nada igualarse puede a la pena que sufre el que vive lejano de su patria.

Ant. 2.—Viéndolo estamos. No me contó otro la historia de que hablo ahora. No tu ciudad, ni tus amigos te compadecen en la más dura suerte.

¡Malhaya el ingrato que a sus amigos en el infortunio no dé el amor y les entregue la llave de su corazón mismo! ¡Nunca será mi amigo!

Llega Egeo por la derecha, en ademán de viajero.

Egeo.—Salve, Medea. No hay más bello saludar que dirigir a los que amamos.

Med.—Salve también a tí, hijo de Pandión, Egeo. ¿De dónde llegas a esta tierra?

Eg.—Acabo de dejar el viejo santuario de Febo.

Med.—Y, ¿qué hacías en el centro de la tierra por el dios visitado?